

UNIDAD DE LETRAS Y ACCIÓN COMO EXPRESIÓN DE UNA IDENTIDAD LATINOAMERICANA DEL SIGLO XIX, A PARTIR DE SEIS AUTORES

¹Jhon Fáiver Sánchez Longas

¹Profesor de Literatura, Universidad de la Amazonia
E-mail: jhonf.sanchez@udla.edu.co

El presente texto analiza los puntos de vista de Pedro Henríquez Ureña en *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica* (FCE, Colombia, 1994) y de José Miguel Oviedo en *Breve historia del ensayo hispanoamericano* (Madrid, 1991), análisis asumido aquí como juicio u operación del entendimiento que consiste en comparar dos ideas para conocer y determinar sus relaciones. De los dos se tomará como objeto de estudio el canon en la literatura latinoamericana, proponiendo los siguientes autores: Andrés Bello, Sarmiento, Juan Montalvo, Eugenio María de Hostos, Manuel González Prada y José Martí, quienes han sido denominados por Oviedo “los grandes maestros del siglo XIX” (p.21).

Oviedo les da importancia en su canon porque “buscan autonomía cultural frente a España (...) cada uno de modo distinto, contribuyó decisivamente al conocimiento de la realidad de sus respectivos países y así a definir la identidad hispanoamericana (...) los primeros que pensaron la complejidad de un continente de veras desconocido” (p. 22-23) y Henríquez Ureña les concede relevancia porque fueron “Los intelectuales (...) que podríamos llamar luchadores y constructores (...) que consagraron un verdadero celo apostólico a la defensa de la libertad y a la difusión de la verdad” (p. 155).

El texto se basa entonces en el canon que propuso José Miguel Oviedo, y entra en diálogo con el postulado de Pedro Henríquez Ureña, ya que contribuyen al trabajo comparativo que se quiere realizar, no solo por la vigencia de los seis autores, sino por su compromiso político y literario, razón que llevó al propio Oviedo y a Henríquez Ureña a denominarlos hombres de letras y de acción. Se nos quedan por fuera varios autores reconocidos con las características mencionadas, entre ellos el chileno José Victorino Lastarria (1817-1888), los brasileños Antonio Goncalves (1823-1964) y Ruy Barbosa (1849-1923), el

cubano Enrique José Varona (1849-1933), además del mexicano Justo Sierra (1848-1912), y del argentino José Hernández (1834-1886).

Los autores escogidos incursionan en el ensayo, en la poesía y en la narrativa, cumpliendo así, ese deber intelectual que nos plantea la tarea prioritaria aprendida desde Martí (2007) “Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra” (p.502) hasta E. Said (1996) “la primera lucha del intelectual consiste en protegerse de la desaparición del pasado e impedirla” (p.32), se trata, en esencia, de sentar bases identitarias para la emancipación cultural y política de nuestro pueblo a partir de las búsquedas de expresiones latinoamericanas, materia en la que los dos autores están totalmente de acuerdo: Oviedo en que el “ensayo hispanoamericano del siglo XIX (...) es un antecedente de vital importancia para las mayores expresiones contemporáneas del género” y Henríquez Ureña en que “mi propósito ha sido seguir las corrientes relacionadas con la busca de nuestra expresión” (p.8)

Es de advertir que el canon propuesto por Oviedo, para Henríquez Ureña comprendería los periodos “Romanticismo y Anarquía” (p.116-140), “Periodo de Organización” (p.141-164) y “Literatura Pura” (p.165-188) que van desde 1820 hasta 1920, aproximadamente. Es también necesario decir, que los autores seleccionados por Oviedo, pertenecen a una época convulsionada por momentos sociohistóricos y movimientos literarios, llamados por Henríquez Ureña Romanticismo y Modernismo (lo que para Oviedo no es desconocido; no los retoma porque no es el enfoque de su investigación y por eso no hace mención de ellos, a pesar de que tienen similitudes de autores con Henríquez Ureña). Pero como el trabajo a realizar no es de periodo, sino de canon, el presente escrito se limitará a indagar cuáles son los motivos, las similitudes y las diferencias que tienen tanto Oviedo como Henríquez Ureña para la escogencia de los seis autores mencionados, así sean de distintos movimientos literarios y periodos.

Oviedo justifica la inclusión de Andrés Bello en el canon porque “estaba sentando las bases de la filología en el continente, enseñando a los lectores del continente a apreciar la literatura y a entender el legado de los clásicos como las novedades de los modernos.” (p.25). Y para Henríquez Ureña “Bello proclamaba, nuestra aspiración a la autonomía intelectual que fuera una manera de actividad política (...) pero era demasiado europeo en las formas que adoptaron para expresar a América” (p.120). Lo que indicaría que los lectores de Bello pensaron, de manera incipiente, en su independencia intelectual para contribuir a la naciente autonomía latinoamericana. Los dos autores coinciden en ello; también en que la literatura de Bello prosperó por razones políticas subyacentes a esa búsqueda de expresión propia en consonancia con la aspiración a la autonomía intelectual y estética.

Sarmiento enfrenta a Bello en “la distinta percepción de la naturaleza americana” (p.26), porque para éste el campo es fundamental y para él la imagen misma del mal y del atraso. “Todo es antitético: no sólo civilización y barbarie, sino Individuo frente a Sociedad...”

(...) Todas esas antinomias se resuelven en una de vasto alcance cultural Europa frente América.”(p.27). Pero es al *Facundo* a lo que da importancia Oviedo para incluir a Sarmiento en su canon, ya que abre el debate intelectual americano entre civilización y barbarie.

Henríquez Ureña le da preeminencia a Sarmiento porque en él se encarna “el ímpetu romántico pleno, la energía de la imaginación, el apasionado torrente de palabras y el rápido fluir de su pensamiento”(p.135), y en lo concerniente al *Facundo* plantea que, “trató de discernir las causas de la enfermedad social del país” (p.136), (...) y que ha sido una obsesión de muchos lectores el problema de las causas y los remedios de los males que ha padecido y padece la América española”(p.136).

Una diferencia en esta escogencia para el canon es la virtud que Oviedo le da a Sarmiento por abrir un debate latinoamericano, y Henríquez Ureña por el trabajo político que realiza en favor de servir a su patria. También resalta su imaginación, su espíritu romántico pleno, la organización de la primera Escuela Normal de América (1842) y su maestría del lenguaje por ser ricamente idiomático. Pero en ningún momento habla sobre el debate civilización y barbarie, lo más cercano “es mostrar la enfermedad social del país” (p.136).

A su vez, Oviedo muestra un descontento sobre Sarmiento pero no en su contradicción ya mencionada, sino por su proceder frente a los indios: “hoy conocemos sus carencias y limitaciones: significaba un olvido de ciertas capas de la realidad social argentina y una incomprensión de las formas culturales propias, que ponía en peligro la identidad nacional que Sarmiento quería alcanzar” (p.28).

Y, por último, estos dos autores coinciden en que Sarmiento pertenecía a una época anárquica en donde los intelectuales estaban al lado de las organizaciones políticas, y sus ideales al servicio de la causa de la independencia intelectual.

Con Juan Montalvo cambiamos de periodo: para Henríquez Ureña (pero no para Oviedo), nos encontramos en el *Periodo de Organización* (1860-1890). Oviedo incluye a Montalvo en su canon por el modo de encarar las discusiones producidas por su anticlericalismo, “que consideró la religión y la dictadura como dos categorías o realidades indiscernibles” (p.32). Estas discusiones son lo más semejante al ensayo inglés, según Oviedo y, además, “Su cuidado por las formas expresivas, el brillo visual y la tenacidad rítmica de sus imágenes, la sentenciosidad lapidaria de sus cláusulas, hacen de él un precursor del ensayo tal como iba a cultivarlo el modernismo” (p.33).

En cambio para Henríquez Ureña es primordial la polémica que suscitó Juan Montalvo en Ecuador al enfrentar la tiranía del presidente García Moreno quien instauró “una especie de teocracia despiadada” (p.156). También, por ser un extraordinario maestro del Idioma.

De esta manera Henríquez Ureña se complementa con Oviedo precisamente en el género del ensayo, porque para Henríquez Ureña en los textos de Montalvo no son las ideas lo que importa, sino “la parte imaginativa: los relatos, los diálogos, los discursos breves,

la defensa de la antigüedad clásica y especialmente la virtud romana”. Esa similitud se puede apreciar también en que no distinguían la actividad literaria de la acción política, a pesar de que sus textos polémicos no fueron muy originales sino que repetían principios viejos como “justicia, honestidad y tolerancia”.

Oviedo ve en Eugenio María de Hostos que el afán de educar es lo que determina la fisonomía de su obra ensayística: “somete muchas de sus páginas a las exigencias de un discurso pedagógico orientado por ideas como: la patria, el bien social, la justicia.” (p.33). Ya en su etapa madura, le anexó un pensamiento positivista del cual será pregonero en América. Y es precisamente el trabajo de acción política, más las limitaciones de la actitud positivista, lo que muestra “con su optimismo ilimitado la eficacia de la razón y la ciencia aplicada al progreso” (p.36).

Henríquez Ureña también ve en Hostos un hombre que soñó con la independencia de su pueblo y que puso su vida al servicio de la causa revolucionaria, hasta ver que su isla no hizo sino cambiar de dueño. A su vez, sintió una desconfianza hacia toda literatura porque pensaba que el ejercicio de la imaginación era pernicioso y que pareciera estar en conflicto con la ética.

De esta manera, tanto Oviedo como Henríquez Ureña reconocen en Hostos el don de la elocuencia y su compromiso con la educación y la ciencia, a pesar de que su prosa fuera rítmicamente tediosa y, lo que criticaba (la imaginación) fuera un don, de un escritor nato como él.

Oviedo incluye a Manuel González Prada en su canon porque fue un iniciador en todo: primero, renovó y depuró la poesía orientándola a ritmos y sugerencias delicadas. Segundo, aseguró la difusión de las ideas sociales en el ambiente intelectual hispanoamericano. Tercero, presintió la importancia de la cuestión indígena. Cuarto, fue un divulgador temprano de los anarquistas. Y, por último, fue un reformista de la ortografía. (p. 42-43)

Henríquez Ureña da relevancia a González Prada habida cuenta de su investigación de la estructura social para encontrar las causas de la corrupción en las supervivencias sociales, de su rebeldía tanto en literatura como en política, del estilo conciso, vigoroso y luminoso de su escritura, y de sus experimentos en tipos de versos y estrofas en los modelos griegos, orientales y medievales. Pero, por sobre todo, es su denuncia de los gobernantes del país, por lo que se decide Henríquez Ureña a darle preeminencia para pertenecer a su canon.

Henríquez Ureña y Oviedo coinciden en resaltar la defensa del indio que hace González Prada. Incluso para Henríquez Ureña es la primera que adopta una forma sistemática y se convierte en un programa para su estudio.

Y el último autor que se consolida en el canon propuesto para el análisis comparativo, pertenece al periodo llamado por Henríquez Ureña *Literatura Pura* (1890-1920) (insisto en que Oviedo no desconoce esta periodización), José Martí.

Oviedo ve en Martí un precursor del Modernismo, un luchador por la independencia cubana, a la que entregó su vida, y el sentimiento de nuestra Modernidad marcada por la conciencia desgarrada por el tiempo, que se refleja en sus ensayos, porque allí, según Oviedo, “Martí ejerce el doble arte de la reflexión y la creación verbal” (p.37).

Además, descubre en Martí una “prosa sensible, plástica, intensa, elegante sin dejar de ser simple” (p.37). En sus ensayos, agrega, se da a conocer la armonía del mundo natural y la exaltación idealista. Dice Oviedo que en la obra de Martí “percibimos el universo como una copia fragmentaria de algo superior a él mismo; todo tiende a la unidad, pero los hombres, ciegos, no la reconocen” (p.37). A su vez, Martí (2007) supera la disyuntiva de Sarmiento sobre civilización y barbarie y propone que, “no hay batalla entre la civilización y la barbarie sino entre la falsa erudición y la naturaleza.” (p.503)

A su vez, menciona que la lucha con el extranjero no se basa en el odio sino en la fidelidad a nosotros mismos, con el fin de solucionar un problema geopolítico. Y, por último, Oviedo retoma el pensamiento de Martí, donde manifiesta que: “el de pensar no sólo con ideas, sino con imágenes cuya dinamicidad intelectual y emocional es irresistible” (p.38), para introducir el lenguaje del ensayo a la poesía que obtiene “una profunda revolución del género” (p.39).

Henríquez Ureña ve en Martí el último de los grandes hombres de letras en la América Hispánica que fueron al mismo tiempo dirigentes políticos. Martí hizo suyo un estilo enteramente nuevo en el idioma. No sigue ningún molde rítmico particular sino que constantemente lo cambia, huye de las palabras pedantes excepto cuando el texto las requiere, innova tanto en prosa como en poesía.

El verso español se deshizo definitivamente de las ya anticipadas zarandajas del Romanticismo, y volvió a cobrar frescura y vida. En 1882 el *Ismaelillo* fue una nueva tendencia en poesía conocida más tarde bajo el incoloro título de Modernismo, anticipándose en más de dieciséis años a sus primeras manifestaciones en España. Es decir, que la América Hispánica no solo demostró independencia de la península ibérica en literatura sino en los otros elementos referenciados.

A modo de cierre

Tanto Oviedo como Henríquez Ureña hablan de una época anárquica que se producía en el continente americano, ya que la independencia no trajo la tan esperada felicidad a los pueblos de la América Hispánica. Y se encontraron con países arruinados, luchas sangrientas, régimen colonial, guerra civil y despotismo que dio paso a la anarquía. También hablan de una autonomía de pensamiento y acción frente a España, coinciden en que en los autores del siglo XIX arriba mencionados, en unidad política y literaria son indisolubles, y en que el perfeccionamiento de la prosa y el carácter enciclopédico de los autores es abrumador. Pero la diferencia tajante entre los dos, consiste en que José

Miguel Oviedo busca una identidad latinoamericana en el ensayo del siglo XIX y Pedro Henríquez Ureña la busca en expresiones artísticas en el mismo siglo. Sin embargo, esa distancia es lo que los hace unir en un canon latinoamericano del siglo estudiado, que conforma independencia y autonomía de la península ibérica para dar los debates intelectuales en el campo literario y político.

BIBLIOGRAFÍA

- ▶ Henríquez Ureña, P. (1994) *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*. Bogotá D.C. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ Martí, J. (2007). *José Martí obras escogidas en tres tomos*. Cuba. Editorial de Ciencias Sociales.
- ▶ Oviedo, J. M. (1990). *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid. Alianza editorial.
- ▶ Said. E. (1996). *Representaciones del intelectual*. Barcelona. Edición Paidós.